



Semblanza de don Pedro Godoy

El 8 de Diciembre de 1944, falleció en Santiago el profesor de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, Ingeniero don Pedro Godoy Pérez. Su muerte, sorpresiva para todos aquellos que estuvieron cerca de él en los últimos meses, cuando se le creía completamente restablecido de la grave afección cardíaca que lo obligó a abandonar sus cátedras en la Escuela, ha tenido un eco doloroso en los círculos técnicos, científicos y educacionales, en los cuales el profesor Godoy era vastamente conocido y apreciado. Nada más justo que las palabras que pronunciara un distinguido catedrático, refiriéndose a su personalidad:

“Quizá muy pocas veces, como en el caso suyo, tantas cualidades excelsas estuvieron reunidas en un sólo hombre. Gran talento, una cultura amplia y profunda, una sensibilidad muy fina que le permitía captar los más variados aspectos de la vida y del mundo, y, sobre todo, una bondad extraordinaria, sin ostentación, porque era de buena ley, una bondad indefectible e inmaculada; todo eso hacía de él un hombre superior. Imposible me parece hallar en Chile, en este siglo, una personalidad que pudiera superarlo en auténtica grandeza. Con plena verdad puede decirse de él, en breve fórmula, que fué una síntesis magnífica del “santo medioeval y del sabio antiguo”.

Maestro auténtico, en el más noble sentido de esta vocación, su vida entera es un ejemplo de idealidad; el recuerdo que de ella se hace en estas páginas es la enseñanza postrera que nos deja.

Nació en Quito, Ecuador, el 15 de Febrero de 1886. Realizó sus estudios secundarios en el Instituto Nacional y se recibió de Ingeniero Civil en la Universidad de Chile, en 1908.

En estos años de juventud, su espíritu inquieto, no satisfecho con las enseñanzas recibidas, busca en el estudio de las más diversas doctrinas filosóficas una orientación que lo satisfaga. Su idealismo lo lleva a aceptar como buenos los principios más extremos y se deja conquistar por el movimiento anarquista que ya a fines del siglo XIX ha adquirido el carácter de una doctrina social con un programa en formación. Estudia a Tolstoi y Kropotkin, cuyas ideas trata de propagar en Chile con ayuda de publicaciones editadas en una pequeña imprenta que compra con este objeto.

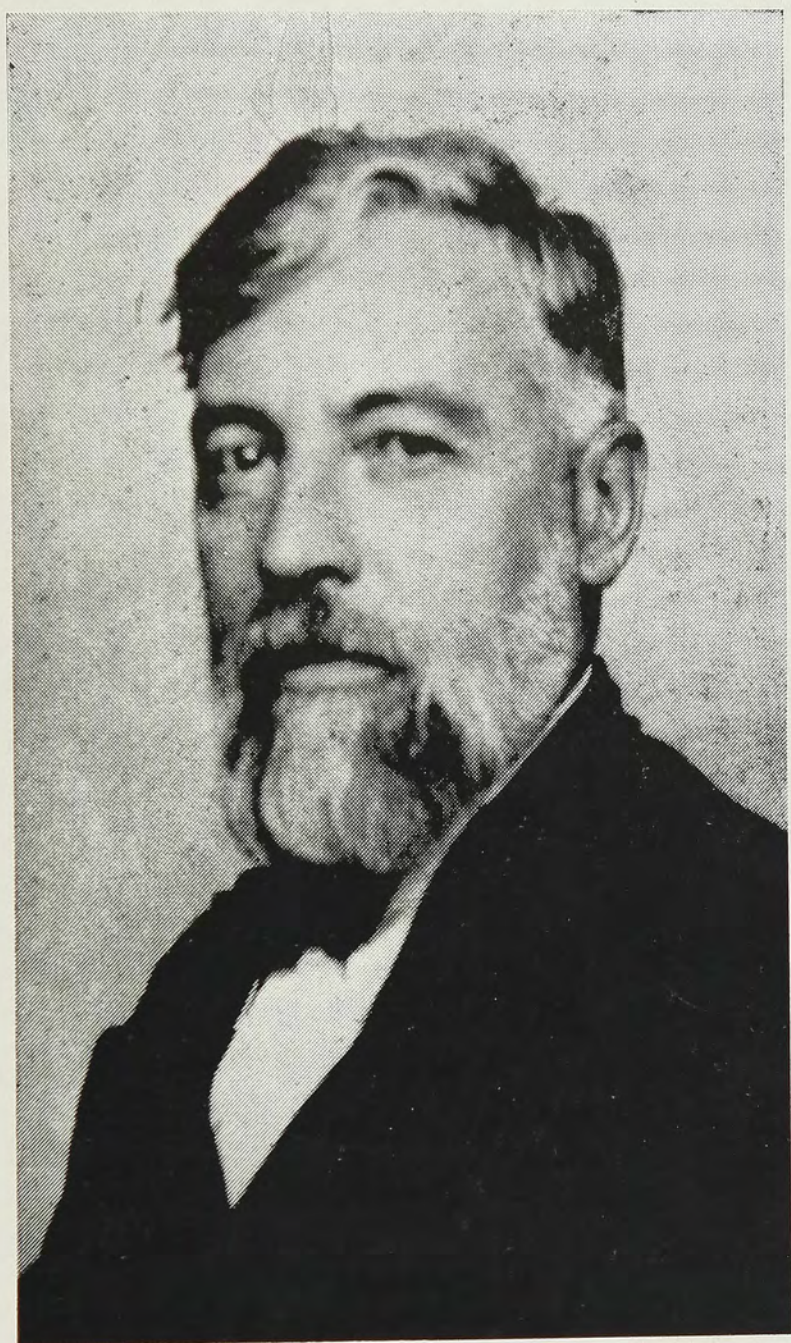
En estas actividades entra en contacto con gente de los más variados medios sociales, adquiriendo así una experiencia valiosa en el conocimiento del elemento humano. Tiene relaciones con el movimiento anarquista internacional, conoce a hombres de valer, desterrados de otras partes que pasan por Chile y de su trato obtiene informaciones directas sobre la vida y los problemas de los países más diversos.

Algunos de los rasgos más particulares de su manera de ser, tienen su origen en este aspecto de la formación intelectual de don Pedro. Su extraordinario respeto por el individuo como ser humano, su tolerancia para con las opiniones más contrarias a la suya propia, su sentido de la justicia, son caracteres de su personalidad acentuados, tal vez, por el estudio de los principios del anarquismo individualista.

Ingresó a la Dirección General de Obras Públicas en 1907 como dibujante 1.º y rápidamente, en el transcurso de cinco o seis años, alcanza un cargo de Ingeniero-Jefe. Adquiere aquí una práctica variada como proyectista de la sección Puentes y como ejecutivo en la construcción de obras importantes como el ferrocarril de Saboya a Capitán Pastene y el ramal de Púa a Traiguén. Su actividad más interesante en este primer período de su vida profesional, es la Inspección de la construcción del Dique N.º 2 del Apostadero Naval de Talcahuano. La naturaleza del problema, las múltiples dificultades técnicas, dejaron en él una experiencia valiosa. Trabaja después en la Compañía General de Construcciones, en la ejecución de varios puentes importantes. En 1914 ingresa a los Ferrocarriles del Estado, donde ocupa diversos cargos: ingeniero de distrito de la red Sur, ingeniero de la Oficina de transformación de estaciones, jefe de conservación de Señales, Teléfonos y Telégrafos; es comisionado en 1924 para ir a Estados Unidos a estudiar Señalización de Ferrocarriles y adquirir material nuevo y encargado después de mantenerlo en servicio. En 1929 se retira voluntariamente de la Empresa y pocos meses después ingresa a la Universidad de Chile. En este momento se puede decir que ha terminado el ejercicio activo de la profesión. Años después, sin embargo, desde 1941 hasta el día de su muerte, asesora al Departamento de Energía y Combustibles de la Corporación de Fomento y a la Empresa Nacional de Electricidad después, en problemas de Ingeniería Civil. Colabora aquí asiduamente en la solución de múltiples problemas, aprovechando sus experiencias anteriores y el amplísimo bagaje de conocimientos adquirido en los años de labor docente.

Durante su desempeño profesional, don Pedro demuestra las más variadas condiciones de su personalidad: sentido extraordinario de la responsabilidad que lo mantiene constantemente activo en el servicio a su cargo, deseo de perfeccionamiento en el contacto diario con experimentados ingenieros extranjeros que dirigen faenas especiales, como el dique seco, ejemplo y enseñanza para sus subalternos que tienen en él al Jefe y al amigo, exigente pero justo. En el servicio de Señales, se familiariza en la manipulación de los complicados mecanismos y cuida personalmente de la preparación técnica de los operarios bajo sus órdenes; y, este mismo esfuerzo educador, lo realiza en los últimos años de su vida en el cargo de consultor de un grupo numeroso de Ingenieros, muchos de los cuales han sido sus alumnos en las aulas universitarias.

Porque don Pedro ha sido maestro toda su vida, por convicción, por necesidad íntima de enseñar, no en el mero sentido de instruir, sino en el más profundo de educar, de sugerir ideales que se presumen propicios a la perfección. Me represento a don Pedro muy joven todavía, de menos de veinte años, con su misma mirada bondadosa del tiempo en que lo conocí, con una madurez prematura impresa en el rostro, imagen de su espíritu profundamente reflexivo, observando a los niños confiados a su tutela en los tiempos que fué inspector y profesor de idiomas del Instituto Nacional. Más tarde, ya profesional formado, enseñó en dos Universida-



des Populares Ciencias Físicas y Naturales, disciplinas por las cuales siempre tuvo gran inclinación y que a lo largo de toda su vida cultivó con cariño.

Ya desde estas primeras actividades docentes, su alma de maestro debe haber estado alerta a captar y sugerir impresiones a los educandos, con la misma profunda atención que años después estudiaba las reacciones de sus alumnos universitarios frente a los problemas que exponía en las cátedras que profesaba.

Don Pedro no era un expositor brillante; tenía poca facilidad de expresión, lo que dificultaba a muchos de sus alumnos seguir sus primeras clases. Sólo la observación continuada de sus cursos que revelaban una preparación cuidadosa, fruto de un esfuerzo constante de perfeccionamiento, hacía que los estudiantes, al cabo de algún tiempo, valoraran la calidad de los conocimientos que recibían.

La gran simpatía humana que emanaba de su persona, establecía una comprensión íntima entre don Pedro y sus alumnos, que veían en él un guía al cual acudir en demanda de consejo. Rodeado de respeto de todos, su opinión era solicitada por alumnos y profesores que sentían en él al maestro de autoridad indiscutida. En períodos agitados de la vida universitaria, fué designado Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y Rector accidental de la Universidad. Su vasta preparación en materias educacionales, que estudió con el mismo tesón que ponía en todas aquellas cosas que interesaban a su espíritu curioso, lo llevó a desempeñar por poco tiempo la cartera de Educación; era este, sin embargo, un cargo reñido con su retraimiento y modestia, al cual prefería con mucho su labor docente.

Desde 1929 desempeñó las cátedras de Resistencia de Materiales y de Proyectos y en 1940 fué el iniciador de un curso especial de Concreto Armado. En todas estas materias introdujo reformas y modificaciones beneficiosas, por su afán de renovación y progreso. En especial, su acción en la Cátedra de Proyectos condujo a un perfeccionamiento extraordinario en las memorias finales de los egresados, muchas de las cuales constituyen ahora trabajos de verdadero mérito.

El 1943 se retiró de la enseñanza activa por motivos de salud; ansioso de continuar ligado a la Escuela y a sus alumnos, que constituían para él uno de los estímulos vitales, luchó para obtener un retiro parcial que le permitiera realizar aún alguna actividad docente; los reglamentos universitarios sin embargo no lo autorizaban y la Escuela perdió su valiosa colaboración. Hasta el final de su vida se sintió ligado a la enseñanza de la Ingeniería y la última vez que lo vimos, trabajaba en los planes de reforma de la Escuela.

“ El hombre superior es un accidente provechoso para la evolución humana. “ Es original e imaginativo, desadaptándose del medio social en la medida de su “ propia variación”.

Don Pedro fué uno de ellos; excesivamente modesto, vivía alejado de cualquier situación expectable, consagrado por entero al estudio. Todos los que lo trataban sentían la atracción de su personalidad original, pero sólo aquellos que tuvieron la suerte de conocerlo más íntimamente, pudieron apreciar todas las fases de su talento natural y la amplitud de su cultura.

Así, los que en 1936 formamos parte de la Delegación Universitaria que bajo su dirección realizó una gira de estudio por Alemania, guardamos un recuerdo emo-

cionado de esos meses de convivencia con él. Su bondadoso consejo, siempre oportuno, su rectitud y justicia para resolver las dificultades inherentes a un viaje de esta naturaleza, la amenidad de su trato y, sobre todo, esa alegría que lo animaba en el contacto con los jóvenes, reflejo de su alma sana, hicieron de don Pedro el Jefe respetado y el amigo querido de todos los integrantes de la Delegación.

Este hombre excepcional “síntesis del santo medioeval y del sabio antiguo”, se fué en un claro amanecer de Primavera, silenciosamente, en el mismo silencio de toda su vida.

Don Pedro fué un ejemplo magnífico de esa definición de vivir de José Ingenieros:

“ Vivir es aprender, para ignorar menos; es amar, para vincularnos a una parte mayor de la humanidad; es admirar, para compartir las excelencias de la naturaleza y de los hombres; es un esfuerzo por mejorarse, un incesante afán de elevación hacia ideales definidos”.

Raúl Sáez Sáez

Santiago, Enero de 1945.
